

FRONTERAS Y BARRERAS SOCIALES FRENTE AL ENVEJECIMIENTO

Omar Eduardo Peña Reina
Decano Programa de Gerontología
Universidad de San Buenaventura-Bogotá

A continuación abordaré el tema del envejecimiento humano, y de la vejez en particular, desde una visión más propia que académica, con la que busco expresar las reflexiones que el tema me suscita dentro de nuestra cultura y en el espacio de lo cotidiano, es decir, en ese día a día que poco entiende de razones y muchas veces se resigna a una frase de cajón o cliché, que se convierte en verdad irrefutable y posterga el análisis riguroso que nos exige la realidad.

Una de las formas más fáciles de rotular a las personas es definiéndolas por su lugar de procedencia: abundan los estereotipos según los cuales se esperan comportamientos, actitudes y valores, dependiendo del lugar de origen de nuestro interlocutor, y si bien existen mínimas constantes, nada más falso y discriminatorio que definir al otro (a) por su origen. Pareciera que las fronteras (tan absurdas en un país que se encuentra construyendo su nacionalidad), fueran razón suficiente para dar cuenta del otro (a), de ese otro (a) desconocido y por descubrir.

Pues bien, mi planteamiento es que de igual forma que juzgamos, valoramos y definimos al otro (a) por su procedencia, lo hacemos con las personas por su edad, pero si en general nos damos el beneficio de la duda con los niños, jóvenes y adultos, con los viejos no lo consideramos, no lo dudamos, simplemente y sin saber por qué, partimos de una premisa: "Todos los viejos son iguales, todos necesitan de nosotros y es normal que estén enfermos". Así entonces vemos que frente a las personas mayores la ley de la relatividad no aplica, los reunimos a todos (as) en conceptos y variables tan generales que olvidamos su singularidad. Un valiosísi-

mo aporte de la Geriátrica y la Gerontología, es el mostrarnos las grandes diferencias que existen al clasificar la vejez y cómo ésta se diferencia dentro de sí en biológica, psicológica y social.

Pero por fortuna que distinta es la realidad, que gran diferencia media entre uno y otro adulto (a) mayor, cómo marcan su vida y su contexto, entre otros, la manera en que se relacionan y comunican. Aquí se encuentra una de las principales barreras sociales frente al envejecimiento: La generalización, la no particularización, de un proceso que se define universal y particular. En esta perspectiva, a quienes nos interesa el tema del envejecimiento humano, antes que preocuparnos por la forma en que éste se asume en la sociedad, debería interesarnos nuestra proyección en la vejez: ¿Qué estamos haciendo hoy frente a esta etapa de nuestro ciclo vital?, ¿Cómo nos imaginamos y de qué manera utilizamos, la que denomino, cuenta de ahorros que es nuestra vida?, ¿Cómo la administro hoy y qué saldo le estoy dejando para mañana?

Quién es viejo en una sociedad, antes que mirar al individuo y rotularlo, tenemos que ubicarnos en la sociedad de la que estemos hablando: Para los países desarrollados se habla de aquellos mayores de 65 años e incluso más, para las áreas en vía de lograrlo, las personas de 60 años y más, pero para los pobladores de Sierra Leona, en el África, viejos son los hombres sobre los 36 años y viejas las mujeres mayores de 39. Quiero significar que es la cultura la que determina, la que nos dice quién es o no viejo. Vale la pena recordar que una cosa es que unos te definan como viejo y otra muy distinta que te sientas o no. Debemos considerar

también que en la lógica utilitarista del actual modelo económico y de este mundo globalizado, cada vez la vejez empieza más temprano y poco importa el aprendizaje del viejo. . . aunque paradójicamente se le exija al joven de 35 años, dicha experiencia cuando aplica a un empleo, además de los innumerables títulos y soportes.

Desde esta línea de las fronteras y barreras sociales frente al envejecimiento y en procura de suscitar debate, profundizaré otros aspectos como:

- La vejez: de la idealización a la marginalidad
- Sabiduría y envejecimiento
- Política social, asistencialismo y envejecimiento

La vejez: de la idealización a la marginalidad

Uno de los mayores obstáculos para tratar el tema de la vejez en nuestra sociedad parte de los estereotipos con los que observamos el mismo. Al respecto y considerando que estereotipos, mitos y tabúes se yuxtaponen con facilidad sobre esta temática, me parece importante profundizar en el concepto mito, visto desde la Antropología: tres consideraciones son importantes a tener en cuenta:

1. Precisar que es considerado una historia sagrada y por lo tanto “verdadero”, puesto que se refiere siempre a realidades.
2. Considerarlo una realidad compleja que puede abordarse e interpretarse en perspectivas múltiples y complementarias.
3. Situarlo en su contexto socio-religioso y cultural.

Es preciso recordar que en la historia de la humanidad generalmente son los viejos los instructores y quienes comunican a los neófitos, los jóvenes, las raíces de su cosmogonía, de su cultura. ¿Será entonces ésta la base de la idealización del Viejo? Pues si la función principal del mito es revelar los modelos ejemplares de todos los ritos y actividades humanas significativas: la alimentación, el matrimonio, el trabajo, la educación, el arte y la sabiduría, quizás este allí ese vínculo tan fuerte con el que con frecuencia se quiere definir al viejo (a), viejo = sabio. Ahora, miremos en lo cotidiano esta “verdad”, ¿Realmente el niño, el joven de hoy, ve a su abuelo(a) como un sabio?, ¿Le corresponde a la sociedad indi-

carle que lo vea de esta forma? No será que al hacerlo por considerar que todo viejo es sabio, estamos contribuyendo a romper la relación intergeneracional que tanto nos interesa fomentar.

El español Fernando Savater, en un lúcido ensayo, aborda el rol del anciano desde las sociedades tradicionales a la moderna y nos muestra cómo en las primeras, su papel de trasmisor del saber era fundamental, pues los viejos eran los depositarios del conocimiento. A medida que el conocimiento supera la transmisión oral y que el hombre diversifica sus actividades y labores, ese papel de trasmisor del saber se transforma. En la sociedad moderna esperamos todo de la invención, de la novedad, de lo que está por descubrirse. Ayer el saber estaba depositado en el pasado, no en el mañana. En nuestra época quizás es el anciano el más alejado del conocimiento moderno; de hecho un niño hoy, en cualquiera de las grandes ciudades, no consultará a su abuelo frente a una duda sobre su computador. Pero al mismo tiempo y en la compleja realidad de nuestro país, un niño del campo, tendrá como primer referente a su abuelo cuando quiera saber el tiempo propicio de sembrar o recoger, distinguir el sol de verano apenas cuando asoma en el firmamento. ¿Qué imaginarios tendrán uno y otro de estos niños sobre la vejez? De allí la importancia de contextualizarla en su medio, en su ambiente, en esas historia y cultura que nos forman y determinan.

De lo anterior se desprenden dos imaginarios, uno positivo y otro negativo, según el momento histórico del que hablemos: el del viejo sabio o el del viejo que todo lo ignora, ya que lo calificamos como incompetente para nuestra época.

Podría decirse que con las posturas extremas se contribuye a generar la estigmatización de las personas y sus roles. En el tema de la vejez, sí que hemos caído en este error: tanto las instituciones como los programas y servicios que atienden a la población mayor consideran que o los viejos son “sabios” o lo ignoran todo, hasta el punto que “dependen” de nosotros para vivir. Esta última actitud puede explicar la visión marginal de la vejez y del envejecimiento, pues si los viejos dependen de otros para vivir, ¿Quién quiere llegar a ser viejo? ¿A qué joven puede interesarle el tema del envejecimiento? Razón tienen en ver el envejecimiento como distante y ajeno y quizás por ello prefieren postergar la discusión sobre el tema para cuando se

esté viejo (a), desconociéndola como aspecto natural, permanente e intrínseco al hombre, a la mujer y a cada uno de nosotros. Y los que nos interesamos en el tema sabemos las consecuencias que trae el no prever la vejez.

Si me permiten el término, podríamos hablar de un “Alzheimer social”. ¿Le importa a las generaciones actuales quiénes la antecedieron?, podríamos decir que muy poco o casi nada, excepto por una tarea escolar obligatoria en la que se le pide que indague por sus antepasados; por supuesto que el joven va a querer olvidar esa tarea y esto no sería tan grave si a la vez no borra la generación que le antecedió, es decir, sus padres y abuelos, justamente sus antepasados.

Sabiduría y envejecimiento

En la perspectiva de lo planteado sugiero que se supere el paradigma del viejo (a) sabio por el de saber envejecer. Ese arte del que la humanidad y cada uno de nosotros tiene positivos ejemplos. Ese es el enorme reto al que nos enfrentamos y que debe convocar a los que nos interesa el tema del envejecimiento y la vejez. Les invito a que la desmitifiquemos, a que la hagamos real y conscientemente una etapa más del ciclo vital; si pasamos de la vejez ideal o marginal, a la vejez como etapa, podremos contribuir significativamente a encontrarle su sentido y su razón. Sin olvidar la particularidad que ésta tiene.

Al respecto me permito citar lo que una interna mayor de la reclusión nacional de mujeres expresaba al contar su historia de vida en una reciente investigación de estudiantes de la Facultad de Gerontología de nuestra Universidad: “A veces me siento doblemente presa, en la cárcel y en mi vejez”.

Frente a este reto del saber envejecer individual y colectivo, uno de los primeros aspectos es reconocer como logro de la humanidad los niveles de expectativa y calidad de vida que alcanzan hoy las personas mayores, por supuesto que las diferencias son enormes según el contexto en el que nos ubiquemos, pero sin duda se trata de un hecho que de alguna manera sintetiza el camino recorrido por el hombre en su búsqueda del bienestar. A su vez, considero que para comprender y potenciar este logro de todos, y en especial de quienes nos antecedieron, es necesario que nos reeduquemos y eduquemos respecto al hecho social del envejecimien-

to y la vejez. Estamos marcados por una historia y un contexto que han contribuido a definir nuestra visión de vejez, debemos despojarnos de muchos miedos, prejuicios y estereotipos. Si queremos liderar procesos de cambio frente a un tema que tanto se mitifica, debemos apropiarnos del mismo, no sólo en nuestro lenguaje, que muchas veces en el ámbito académico parece ser el apropiado, pero que se desdibuja y pierde coherencia en el contexto familiar, cuando consentimos actitudes y valores que van en contravía de la filosofía y principios que pregonamos: como diría cualquiera de nuestros jóvenes de hoy: “Qué rápido se les acaba la teoría”.

Nos corresponde a estudiosos e interesados en el tema liderar esas reeducación y educación, desde una postura dialogada, dinámica, pedagógica, pertinente y oportuna que le permita al otro (a), antes que aceptar al viejo (a) porque le corresponde simplemente, que lo acepte desde su reflexión personal, desde la proyección que como niño, joven o adulto tiene de sí mismo como ser senescente que es. Dichas reeducación y educación deben ser permanentes y transversales, individuales, familiares y comunitarias y debe permitir evidenciar las actitudes, prejuicios, resistencias, temores, estereotipos, mitos y tabúes que den cuenta realmente de lo que la sociedad entiende por la vejez y el envejecimiento. Por supuesto no podemos entender lo anterior sin considerar el papel de los medios de comunicación social pues hoy por hoy son estos agentes los que determinan en gran medida la visión que una sociedad tenga sobre la vejez y los prejuicios y valores en los que se sustenta. Elisa Dulcey y colaboradores, en su libro “Envejecimiento, Comunicación y Política”, citando a Javier Darío Restrepo nos dicen: “Los medios son escenarios de representación de lo social, donde circulan significados y atribuciones sociales, y sobre todo, propuestas de interpretación”.

En síntesis creo que si existe la sabiduría, ésta la da la experiencia y no la edad, pero si se unen edad y experiencia, estaríamos cerca de esa denominación de sabio, que siendo algo más humildes definiría como maestro, en un sentido algo romántico pero que considero más cercano. Lo grave es que se ha perdido el valor social de la experiencia y su importancia en la relación humana. Ya no interesa el mundo de la memoria. . . pero todos sabemos lo que le puede pasar a un pueblo sin historia.

Política social, asistencialismo y envejecimiento

Sin duda en el panorama de la política social del país, la orientada a los ancianos es la que muestra mayor retraso y la que en buena medida han asumido de forma más directa, y en algunas regiones como únicos responsables, las comunidades religiosas, las asociaciones cívicas y un sin número de entidades sin ánimo de lucro, lideradas por filántropos (as) a los cuales les han sobrado valores para “luchar por causas perdidas”, como lo interpreta buena parte de la sociedad y justamente de la dirigencia, que por supuesto con la óptica del utilitarismo no le ve sentido a las acciones públicas en pro de la vejez y mucho menos del envejecimiento, ese “abstracto” que parece no tocarnos.

Sumada a esa ausencia de política, en los pocos casos en que se encuentran programas o servicios para los mayores, es evidente la lógica asistencialista con la que se proponen y ejecutan. Lo anterior es sin duda un lastre que nos marca y que muchas veces nos impide ver la integralidad del envejecimiento humano; es más, cuando se ha tenido la oportunidad de definir acciones concretas sobre el tema se focaliza de tal forma en la población mayor que terminamos siendo excluyentes con los demás grupos etáreos y luego nos preguntamos: ¿Por qué en este país a nadie le interesan los viejos (as)?.

Como vemos, superar el reto del asistencialismo en democracias como la que sobrevivimos no es tarea fácil, además son más rentables políticamente. A veces

me pregunto si este sello, el del asistencialismo, que ya parece más un estigma de la política social para los mayores, está en la base de la visión lastimera y marginal con la que se emprenden acciones para los viejitos (as) y no con los adultos (as) mayores, pues con frecuencia no se ven como actores de su bienestar, sino como títeres de satisfactores que imaginamos “ellos (as)” necesitan.

Por último quisiera señalar que hoy por hoy el tema del envejecimiento y la vejez está de moda y para el sistema político a medida que aumente el censo electoral en este grupo, va a ser más llamativo. Dado lo anterior, el estudio, análisis y problematización del envejecimiento y sus interacciones, obligan a profundizar y coordinar esfuerzos, que argumentados y soportados en investigaciones develen la realidad de las personas mayores en los diferentes contextos del país; sería más que interesante y deseable, que este trabajo se hiciera en conjunto con el sujeto de la investigación, es decir con las personas mayores, de manera que a la vez que se estructuran y aclaran problemáticas, se promueva su empoderamiento y autonomía en búsqueda de su dignidad, a lo cual creo debería apuntar toda política pública que se considere pertinente y eficaz, pues la dignidad de los mayores es nuestra dignidad: a ello debe apuntarle una sociedad a la que le interese el bienestar y calidad de vida de sus habitantes.

Decía Fernando Savater, a quien mencionaba anteriormente: “Igual cantidad de vida hay en el instante del niño de tres meses que en el instante del anciano de 99 años”.